

ELENA Y MICHELA
MARTIGNONI

OTOÑO
ROJO
PÚRPURA

Título original: *Autunno rosso porpora*

Primera edición: 2011

Autoras: Elena y Michela Martignoni, 2010

© 2010 Casa Editrice Corbaccio s.r.l., Milano

Gruppo editoriale Mauri Spagnol

© de la traducción: M.P.V., 2011

© de esta edición: Algaida Editores, 2011

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-702-4

Depósito legal: M. 39.791-2011

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

<i>Personajes</i>	11
PRIMERA PARTE.....	13
Prólogo	15
I. El castaño enfermo.....	23
II. La Roma española.....	33
III. Un retrato insolente	43
IV. Las piedras del cardenal	53
V. La escultura blasfema.....	69
VI. La hornacina de la Virgen	83
VII. La celda del inquisidor	97
VIII. El palacio en fiesta.....	105
IX. El crucifijo roto	125
X. El indecente lienzo.....	131
XI. La alcoba de la cortesana.....	141
XII. El lienzo ensangrentado	153
SEGUNDA PARTE	181
XIII. El alguacil Riccardo Fusco	183
XIV. La voluntad del papa	195
XV. El ángel herido.....	205
XVI. Primeras detenciones	217
XVII. La Volpaia	233
XVIII. Rayos sobre el ángel	245
XIX. Amores difíciles.....	259
XX. Cárceles	269
XXI. Fuga al convento	285
XXII. El adiós.....	309
XXIII. El rostro del asesino	315
XXIV. El orden del mundo.....	329

Epílogo	353
<i>Diciembre de 1497</i>	361
<i>Cada noche</i>	363
<i>Nota de las autoras</i>	365
<i>Agradecimientos</i>	367

Las iniciativas de los hombres tienen a menudo consecuencias que sobrepasan en exceso los límites de sus intenciones originales y de su capacidad de entendimiento, de previsión.

CLEMENTE FUSERO

PERSONAJES

SEGUNDO	asesino
ANDREA GIANANI	noble romano
RICCARDO FUSCO	alguacil de Roma
LORENZO CALVI	cardenal
GEMMA	joven romana
ISABELLA	cuñada de Andrea
JACOPO GIANANI	hermano de Andrea
MARIO GIANANI	hermano de Andrea
RODRIGO BORGIA	Alejandro VI, papa
FRANCISCO FLORES	diplomático
GIOVANNI MARRADES	cubiculario del papa
UBERTO RONCAGLINI	cardenal
GHERARDO RAVELLI	cardenal

JOHANNES BURCKARDUS	maestro de ceremonias del papa
FRAY ERNESTO	padre guardián
TEODORO	siervo de Uberto
LA MORA	prostituta
DORALICE	cortesana
OLIVIERO BAROCELLI	mercader florentino
MAESTRO SIMONE	maestro de pintura
BARTOLOMEO FLORES	canciller
EFRAIM	mercader hebreo
LAPO	sicario
TITO FERRO	mano derecha de Fusco
BASTIANO	sirviente de los Gianani
EL PALABRO	actor
LA LOBA	mesonera
MIGUEL ÁNGEL BUONARROTI	artista
TONIO	pinche
HANS	camarero de Gherardo

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Pisa, agosto de 1497

EL FRAILE SE DETUVO DELANTE DE LA CASUCHA SOLITARIA, la última antes de los campos que se perdían al otro lado del callejón.

Miró detrás de él algunos instantes, escuchando los ruidos de la noche, luego aferró el llamador de hierro clavado en la puerta y llamó con fuerza.

Cuando vio dos ojos recelosos que le miraban fijamente por la mirilla, se colocó bien la capucha sobre la cabeza.

—Me manda fray Tomás —dijo en voz baja.

El cerrojo se abrió y una vieja apareció en el umbral susurrando «por fin». Lo invitó a entrar a un estrecho pasillo en penumbra, y a subir por la escalera detrás de ella.

Cuando llegaron al piso de arriba, la vieja encendió un candil, iluminando una humilde habitación con las paredes ennegrecidas y desconchadas. El incienso, que se consumía en un brasero situado en la chimenea apagada, no cubría el hedor a enfermedad, aumentado por las altas temperaturas del mes de agosto.

En una cama de hierro, colocada en una esquina de la habitación, estaba tumbado un hombre.

—Acércate, hermano... —murmuró con la voz entrecortada. Luego, mirándolo de arriba abajo, añadió—. ¿Quién eres?

—Fray Tommaso ha tenido que acudir al lecho de otro enfermo, y me ha enviado en su lugar —respondió el religioso.

El hombre observó con atención el hábito ajado, los pies desnudos calzados en unas sandalias, las manos fervorosamente unidas, y trató de reconocer los rasgos del rostro escondido bajo la capucha.

—Habría preferido que fuera él, pero... en realidad... un sacerdote es igual a otro, y yo quiero confesarme.

Con un gesto de la mano, ordenó a la sirvienta que se marchara.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* —murmuró el confesor santiguándose y sentándose junto a la cama—. Te escucho.

—No puedes ir largando por ahí lo que te voy a confesar, ¿no es así?

—Estás protegido por el secreto de confesión.

El enfermo permaneció en silencio un instante, luego empezó a hablar con la voz rota.

—Me fui de la choza de mis padres antes de que me saliera barba. Se moría de hambre allí dentro, sólo el frío y las palizas abundaban. He hecho de todo para sobrevivir: he robado... ¡pues tenía que comer! He engañado a muchos con los dados y las cartas... ¡también a alguna que otra mujer! Fui soldado y la guerra se quedó con un

trozo de ésta... —dijo, apoyando una mano sobre su pierna derecha, más delgada que la otra—. Ahora me ves así, pero antes el nombre de Lapo el Pisano era respetado.

El fraile seguía la conversación atento, con la cabeza inclinada.

—Querrás saber si conozco los mandamientos... sí, hermano, los conozco bien: me los enseñaron a base de golpes, por lo que no los he respetado nunca... —continuó Lapo, apoyándose en un codo con un gesto de dolor—. Pero he salido siempre airoso. En cambio, la última vez... —desvió su mirada hacia la puerta por la que había salido la vieja, e invitando al confesor a acercarse todavía más, susurró—. ¡Dios me la tenía jurada!

Se dejó caer sobre los cojines y después de aclararse la voz, continuó.

—Era el mes de febrero. Hacía mucho frío aquí, en Pisa, y me había quedado sin blanca. No sabía cómo salir adelante. Una noche en la posada del León, buscaba a alguien que me invitara a beber, cuando me llamaron desde una mesa en la que estaban jugando a las cartas. Allí me encontré a un antiguo compañero de armas, un tal Bernardo. Sabía que se había situado bien en Roma, como hombre de confianza de un pez gordo, pero no lo había vuelto a ver. Fingí no reconocerle y jugamos. Él me dejaba ganar. Los demás se levantaron de la mesa, pues los había dejado bien limpios. Entonces, le dije: «Amigo, ¿qué quieres de mí? Sabes que no soy tonto, me doy cuenta enseguida cuando alguien me quiere liar». Pero insistió en que me quedara con el dinero, mejor dicho, me prometió mucho más, todo el que jamás había visto, si llevaba a cabo una

misión: ir con él a Roma, caerle en gracia a Juan Borgia, el hijo del papa, y hacer que se divirtiera hasta reventar. «Eh, no», le dije, «no me engañas. Tú quieres tener al catalán preparado para la estocada final. No, amigo, es demasiado también para Lapo: ¡todos saben que si tocas a un Borgia te juegas el pellejo!». Pero él me recordó el favor que yo le debía: me había salvado la vida en el campo de batalla. ¿Sabes, hermano?, cuando se habla de honor, Lapo no puede echarse atrás, y además... comportándome como un rufián no arriesgaba mucho, mientras en Pisa me habría muerto de hambre... Así que le dije que sí.

Se detuvo para respirar y señaló al fraile la jarra de agua. El religioso le sirvió un vaso y le ayudó a beber.

—No fue difícil ganarme la confianza de ese bastardo —continuó Lapo, con un hilo de voz—. Yo le daba lo que quería: mujeres, juego, juergas. Quería tenerme siempre cerca, a pesar de no haber visto nunca mi cara. Pensaba que escondía las llagas de la sífilis con eso... —Lapo levantó un poco el brazo señalando una máscara negra y gastada, que colgaba sobre su cama, en el sitio del crucifijo, luego siguió—. La noche del 14 de junio fui a buscarle a un banquete en el palacio de su madre. «Don Juan», le dije, «si queréis divertirnos con la condesita della Mirandola es la noche apropiada. Ha enviado a su sierva para deciros que está sola y os espera, pero que dejará que entremos sólo vos y yo. Así que antes tendremos que librarnos de esa bestia de Alonso. ¡No querréis llevar también a vuestra guardia a la cama de vuestra favorita!». Me miró receloso, pero yo seguí diciéndole. «No os preocupéis. Nos desharemos de Alonso con una excusa: entraremos

en el burdel de la plaza Giudea y le haremos esperar fuera, pero nosotros saldremos por la parte trasera y nos iremos al palacio Mirandola. ¡Vos estaréis de fiesta con la condesa, y yo con la sierva!». Borgia aceptó, pero todo no fue exactamente así. Advertí a Bernardo de mi plan, y él llegó a la plaza Giudea con sus hombres, mientras Borgia y yo salíamos por la parte trasera del burdel. Se cargaron a Alonso, ese perro fiel había descubierto algo sobre mí que no debía saber. Luego, nos alcanzaron por la calle, y sin dejarle ni siquiera el tiempo de gritar, degollaron al maldito catalán, y lo tiraron en el estercolero del Tíber, entre la mierda de Roma...

Lapo interrumpió su discurso por un ataque de tos, y escupió en un pañuelo un poco de sangre oscura. Esperó a poder respirar de nuevo, y continuó en tono irónico.

—¿Has escuchado lo que es capaz de hacer un cojo?

El fraile callaba, apretando entre las manos el crucifijo atado a un cordón del hábito.

—Mi deuda con el compañero de armas quedó saldada —continuó Lapo—. Bernardo me dio enseguida lo que me correspondía y salí corriendo de Roma. Jamás he tenido tanto dinero en mi vida, y me lo jugué y bebí en pocos meses... hasta que me quedé en esta situación... Por otra parte, bastante mejor que Bernardo. Me han dicho que murió asesinado... ¡Maldito dinero! ¡Y malditos sean los que nos lo dieron! —se quedó pensativo un instante y luego soltó—. La conciencia me la quiero lavar a fondo. Quienes organizaron todo son más depravados que yo. No se ensuciaron las manos... sino el alma, ¡ah, sí! Te diré sus nombres...

Acercó la boca al oído del fraile y se liberó de su secreto.

—Ahora lo sabes todo, dame el perdón...

—Antes arrepíentete e invoca la misericordia de Dios.

—¿Arrepentirme? ¿Yo? —el moribundo soltó una carcajada llena de desprecio que terminó en un gimo-teo—. ¡Yo no lo he hecho nunca!

El confesor se levantó, pero Lapo lo agarró por un costado de la túnica.

—No, espera... No quiero terminar en el infierno.

—Y en cambio es allí donde acabarás, *Neco* —recalcó, cambiando el tono de voz.

Lapo lo miró incrédulo.

—¿Por qué me llamas con ese nombre?

—Es con el que te ensuciaste el alma.

—Te equivocas, amigo, yo soy Lapo el Pisano...

—No me equivoco, *Neco*.

—¿Quién eres? —murmuró Lapo, buscando en la memoria esos ojos ardientes que relampagueaban desde la profundidad oscura de la capucha.

El fraile se descubrió la cabeza.

Lapo puso los ojos en blanco, como si estuviera viendo un fantasma ante él.

—¿Vos? —exclamó al final, reconociéndolo.

Abrió la boca para gritar, pero era ya tarde. El fraile le había rodeado la garganta con sus manos.

Lapo se sobresaltó, abrumado por el acoso que presionaba su garganta y le impedía respirar. Con el rostro lívido, luchaba desesperadamente; golpeando con sus del-

gados brazos el rostro del agresor, pero su corazón agotado iba cada vez más despacio, cedía, deteniéndose.

En breves instantes Lapo se desplomó como un monigote.

El fraile permaneció todavía algunos minutos sobre él, jadeando, luego dejó su presa, y cerró los ojos del muerto.

—Ahora estás en el infierno —murmuró, mientras se levantaba y se cubría la cabeza con la capucha. Sin titubear, bajó hasta la habitación donde estaba la anciana, sentada en una esquina, rezando el rosario.

—Lapo ha expirado en paz. Rezad por él —le dijo, dirigiéndose hacia la puerta que daba a la calle.

La sirvienta interrumpió su susurro y se santiguó. Luego se levantó y subió por la escalera hacia el dormitorio, mientras el fraile, al abrir la puerta, desaparecía en la oscuridad del callejón.

Alejándose pocos pasos de la choza, Segundo llegó a las ruinas deshabitadas donde había escondido el saco con su ropa. Se liberó del hábito y de las sandalias y se vistió. Mientras se ponía las botas, lanzó una mirada al hombre, sin conocimiento y descalzo, que yacía en el suelo. Se inclinó sobre él y escuchó su respiración. El golpe que le había dado no había sido mortal, y muy pronto fray Tomás se despertaría aturdido pero vivo.

Segundo cubrió al fraile con su hábito, y cuando recogió su saco dejó el escondite. Era ya bastante tarde, y el silencio, roto sólo por el chapoteo del río, envolvía las chozas amontonadas en la ribera del Arno como plantas en busca de luz.

Segundo avanzó cauteloso sorteando los obstáculos, tratando de orientarse entre los callejones tortuosos y las chabolas.

Cuando llegó a la casa de postas para recoger su caballo, estaba amaneciendo. Se subió a la silla y partió al galope.

Ahora sabía la verdad.